

**MIRADAS QUE CAMBIAN EL MUNDO. VIVIR JUNTOS EN LAS
CIUDADES DE LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS
(XXX Rencontre International Des Educateurs Freinet-RIDEF
Reggio Emilia, julio 2014)**

**Marifé Santiago Bolaños,
Escritora, Doctora en Filosofía,
Profesora de Estética y Teoría de las Artes
(Universidad Rey Juan Carlos-IUDAA, Madrid)**

En abril de 2014, un periódico cultural español publicaba "*Hacia la construcción 'urban friendly'*", artículo de Jordi Ludevid, presidente del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España. El arquitecto reflexionaba sobre cómo pensarse una ciudad que se precie de buscar el bienestar y la seguridad de sus habitantes. Conseguir agrupar en un proyecto urbano el patrimonio y la cultura, las necesidades individuales y las de convivencia, la memoria como espacio que se actualiza para seguir dando pasos hacia el futuro intensificando el presente, eran algunos de los términos indispensables que se manejaban en el intento teórico y práctico de alcanzar tales objetivos. Apelaba Ludevid a Jaime Lerner, arquitecto ex alcalde de la brasileña Curitiba, para quien la clave estaba en la innovación, donde lo más importante, decía, es comenzar. Un objetivo que es meta en la actividad diaria, siempre en marcha como si cada paso fuera inaugural, imparale y absoluto como un amanecer.

Queridas y queridos amigos:

Es un honor estar invitada a este Encuentro, al que lamento no poder asistir "en presencia y figura" para aprender de todos ustedes. Cuento con que habrá otras ocasiones y con que hasta que lleguen seguiremos trabajando juntos en la distancia, compartiendo los tejidos creados cada cual en su espacio. Porque esos tejidos cómplices son piezas insustituibles de un proyecto que nos ha traído hasta aquí, como lo hizo a León hace dos años, para contarnos cómo avanza y cómo sigue rompiendo las telarañas de lo acomodaticio y sus costumbres, tratando de hacer la vida mucho mejor para muchos más.

Escuchen, por favor, mis palabras como el testimonio de un sincero agradecimiento y de una sincera admiración. Son ustedes los guardianes del noble

empeño de hacer que la luz no falte jamás allá donde siempre hace toda la falta: en el corazón desde el que late la Justicia.

Querría recorrer con ustedes ciertas reflexiones cívicas que afectan, directamente, al buen vivir de los niños y de las niñas porque nacen de la única actitud que permite que tal compromiso sea irrenunciable. Nacen del convencimiento del memorable pedagogo Francisco Giner de los Ríos, para quien la auténtica revolución es la que se produce en el espíritu.

Me permitirán que lo haga compartiendo una experiencia personal, cuya inquietud trasciende lo anecdótico por ser fuente de ciertas aguas que, si no sacian la sed humana de bondad –cuando tal sed se siente como necesidad moral-, al menos muestran, en la transparencia del líquido, un manantial indiscutible de claridades fértiles. Les solicito un poco de paciencia si en algún momento tienen la sensación de estar oyendo obviedades; dar por hecho ese manido “sentido común” ha permitido y permite la entrada a algunas de las mayores aberraciones de la historia.

Tomo la carga simbólica de los conceptos señalados por Jordi Ludevid como posibles cimientos reflexivos en la construcción de tal “urban friendly”.

BIENESTAR Y SEGURIDAD:

Curso 2013-2014. Universidad Rey Juan Carlos, de Madrid. Instituto Universitario de la Danza “Alicia Alonso” (IUDAA). Estudiantes del último curso del grado universitario de Pedagogía de las Artes Audiovisuales y la Danza. El conocido como “plan Bolonia” exige que una parte de los créditos requeridos para obtener la graduación universitaria lo sean de servicio a la comunidad. La multiplicidad de opciones puede no reparar en determinados lugares, sobre todo si estamos entre futuros profesionales de la escena, para los que hay evidencias y sutilezas en lo que se refiere a sus “espacios”. Este curso es, en España, crucial: por primera vez en su historia, habrá graduados universitarios en Artes Escénicas. Ser pioneros, ser la primera promoción universitaria al respecto es toda una declaración de principios que deben destacarse. Entre todos ellos, el Arte y sus

capacidades como uno de los más solventes exponentes del cuidado y fomento de la dignidad humana.

Establecimos un convenio con un centro educativo público madrileño de educación especial. Ahora, lo obvio que no lo es tanto:

Hay muchas y muy variadas experiencias pedagógicas y sociales con el Arte y la Creatividad como medio para integrar o hacer avanzar a personas con diversidad funcional, con “discapacidades” –solemos decir. Bien es cierto que algunas gozan de mayor fortuna que otras, y suelen valerse del Arte como medio para alcanzar otros fines que no son artísticos. Perfecto, por supuesto. Pero si traigo la nuestra a este foro de debate y discusión, a este encuentro en el que intercambiar experiencias es estar sembrando cambios sustanciales, es porque ha sido desarrollada por profesionales de las artes escénicas y la danza; profesionales e investigadores de las mismas cuyo medio es su fin y así han querido vivirlo y que lo vivan quienes los han acompañado en la aventura más hermosa de sus biografías. A mí me permite pensar en torno a la vulnerabilidad de los seres humanos, y extrapolar mi reflexión a una etapa concreta de nuestra existencia: aquella en la que somos niños.

Somos seres con memoria que, sin embargo, olvidamos lo que fuimos robándonos una parte de lo que somos, de lo que no dejamos de ser porque lo fuimos alguna vez. Seres efímeros cuya experiencia puede, empero, trascender nuestra propia biografía limitada, al recibir el legado de otros a los que no siempre se reconoce y agradece, pues también olvidamos que no partimos jamás de cero. Creyéndolo, imaginándonos conquistadores desde el inicio, olvidando lo que deja en nosotros el tiempo pasado, perdemos la grandeza que implica respetar y dar las gracias, aprender y guardar los saberes aprendidos. Por el contrario, tener presentes esas dos condiciones –nuestro ser vulnerables y nuestro ser efímeros– provoca, inevitablemente, una actitud de humildad y de respeto, que siempre conlleva agradecimiento y compromiso.

En el colegio donde transcurre mi relato vivido, respiran cerca de 200 personas en las que la condición vulnerable de todos nosotros, de todas nosotras, se exacerba hasta la dependencia, en ocasiones, absoluta. Una dependencia aún

más extrema de la que todos y cada uno de los aquí presentes requerimos. No “somos” solos: esto es aun más urgente de aceptar que saber que no “estamos” solos. La condición de “estar” pudiera ser transitoria, pues se ubica en el tiempo. La de “ser” es sustancial: somos porque también los otros son.

Y la Ética, la vida que puede tomar decisiones porque es vida pactada, elegida, acoge y protege de tal inevitable vulnerabilidad a la que nos somete nuestra condición mortal.

Es muy hermoso recordar que “Ethos” tiene la misma raíz que “madriguera”. La Ética es pues, simbólicamente, ese lugar que cobija, en el que puede un ser humano sentirse amparado: “ser” porque lo es con los otros.

El máximo exponente de Ética la aportan esas situaciones compartidas en las que actuamos sin esperar nada a cambio, en las que aquel ser humano hacia el que se proyecta tu acción es autónomo respecto a la misma respuesta. Incomparables, por tanto, las acciones que construyen “madriguera” para los seres humanos cuya vulnerabilidad excede cualquier atisbo de voluntad y protección propias: los ancianos débiles, los demenciados, las personas con discapacidades graves, los niños y las niñas...

Llegué al colegio “Joan Miró”, por vez primera, comenzando este curso. Se iniciaba un trazado profesional sobre los pasos firmes que otros ya habían dado: el ejemplar claustro de profesores y profesoras y resto de trabajadores del “Joan Miró” y un querido profesor de nuestro centro que, como estudiante, había realizado su trabajo final en el colegio adquiriendo, entonces, consigo mismo y con la dignidad disfrutada, el compromiso de que aquello no era más que un principio. Bastó su afán para que la dirección de mi Facultad y yo misma siguiéramos la brillantez de su estela, intentando que crezca y contagie.

Un recordatorio aleccionador que completa lo dicho y que llega de la historia: el día en que se inauguraba la biblioteca pública de su pueblo natal Federico García Lorca recordaba a los asistentes que se trabaja para el porvenir. Eran los años 30 del siglo XX; Lorca sería asesinado poco después de esas palabras. Lo pienso ahora: en Educación, ese porvenir surca toda suerte de obstáculos, de fenómenos históricos, sociales o biográficos, y acaba floreciendo con toda la

intensidad, sin preguntar si lo podrá hacer sobre terrenos preparados o sobre escombros que convertirá en jardines. Nuestro porvenir llegaba, ahora, y esto es lo más importante, lo hacía provocando un proceso viral (como se dice en la jerga internaútica) imparabile. “Revolución en el espíritu”, insistimos.

Los estudiantes de mi universidad, que han elegido ser pedagogos de las artes desde su condición de bailarines y actores profesionales, aprendían a ser maestros bajo el magisterio de los habitantes del colegio. Lo hacían al enfrentarse con la marginalidad física y su vulnerabilidad, con los diferentes, con los distintos. Acercándose a ciertas soledades para las que no se hallan porqués que calmen, y que solo se vencen con amor sin porqué.

Como en los espejos, lo que tal magisterio devolvía eran sus propias imágenes mezcladas, confundidas, fusionadas con las de esos niños y niñas a los que la vida no otorgó el mecanismo de una “normalidad” instrumental. Y, sin embargo, que haya personas trabajando por otorgarles felicidades que se llaman dignidad, bienestar, calma o respeto, significa que alguien, alguna vez, optó por otra norma acaso “no normal”. Y las circunstancias que ni llamaron ni pensaron en la siembra de tales felicidades, han girado su camino, han enfocado la cámara hasta dimensiones ocultas. Han iluminado oscuridades. Han hecho de la Pedagogía, una vez más, una de las Bellas Artes.

Solo hablaré de un día entre cualquiera de los que me valdrían de testimonio ejemplar, de síntesis. En la acrópolis, o sea, en el lugar física y simbólicamente más alto de una ciudad humanamente alta, hay un comenzar constante, auroral, que se hace mundo en cada pequeña palma de la mano extendida para que nadie tema entrar en el territorio de la Educación, o en el de su ciencia, la Pedagogía.

El día del que voy a hablar transcurre en una zona específica de un barrio madrileño. Su especificidad, sin embargo, es universal y esta frase no es retórica ni una contradicción, como observarán ustedes. La mayor parte de los alumnos y alumnas del “Joan Miró” proceden de este barrio periférico no por su ubicación, sino por albergar “periferias” de nuestro mundo. Es una zona deprimida, muy tocada por el paro y la marginación, que siempre es vertical, de modo que oprime más a los que están en las zonas sociales de más abajo. Hay amagos de parque, los

árboles están primaveralmente hermosos; sin embargo, los restos de suciedad del suelo son, en realidad, señales de otras suciedades indecorosas porque significan insolidaridad y aceptación de lo que es evitable. Exclusión, marginación, desesperanza: un paisaje que cada vez es más cotidiano, menos sorprendente en demasiados lugares de esta Europa que, en algún momento, soñó con que su máximo valor era basarse en algo llamado “derechos humanos” o solidaridad. Quizás la situación que el mundo vive hoy es el despertar de ese sueño frágil, al que si alguna vez estuvo vivo no se cuidó, abandonándolo a la intemperie. Para muchos seres humanos en la Tierra no ha habido ni tan siquiera la dura experiencia de despertar en una pesadilla, porque sus vidas transcurren en la aceptación de condiciones ante las que ni siquiera hay referencias para rebelarse. Y nada ni nadie se molesta en advertirles de lo contrario.

Pues bien, todo esto me golpea en el alma y en el entendimiento cuando recorro, con un grupito de niños y con sus profesores, los lentísimos diez o quince minutos que nos llevarán desde la puerta del colegio hasta la del centro cultural, donde ya esperan todos los alumnos y alumnas que se han desplazado en autocar y las familias de estos niños y niñas, que tanto y tan bueno han enseñado a mis estudiantes y a todos nosotros, y que compartirán un trocito del camino hacia un lugar que nombraremos, con orgullo y emoción, “Utopía”. En el trayecto, el gesto de los cuerpos de estos niños, a los que la profesionalidad y la conciencia ética han liberado del “país de nunca jamás”, demuestra esa verdad incuestionable formulada por algunos de los más grandes filósofos: el pensamiento humano, cuando no es mero ejercicio de estilo, siempre es transformador; si es pensamiento sintiente, si es razón poética, tiene la obligación de buscar argumentos, ideas y posibilidades entre todo lo desechado y arrinconado por la sociedad, no solo para desvelar su fracaso y criticarla, sino, y por encima de todo, para construirla o reconstruirla, para comenzar, para inventarla sin temor. Para que la ciudad deje de estar poblada por súbditos y lo esté por ciudadanos, como reitera siempre quien fuera Director General de UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, al que tuvimos el placer de escuchar en el encuentro leonés de RIDEF.

De la jornada, tras desaparecerme en la experiencia de ese verso asombroso del peruano César Vallejo; tras constatar, con reiteración y alevosía, que hay

“golpes en la vida tan fuertes/ yo no sé...”; tras diluirme sin perder la conciencia en el marasmo de inevitables un rato abandonados, de desesperanzas a las que no se deja entrar en el salón de actos, llego a la única imagen cuya perduración aquí y ahora se expandirá hasta inundarnos de esas aguas lustrales a las que nos hemos referido antes.

La dimensión de este tramo de mi conferencia no ha abandonado, ni va a abandonar, de momento, los parámetros de un entorno que apela al bienestar y a la seguridad. Si ahora trato de comunicarles los mismos, describiendo una parte del espectáculo al que asistí, es porque quisiera cercar la experiencia estética aferrándome al convencimiento de que cuando se discurre por la envergadura de la Belleza es imposible regresar indemne porque ya nada será igual a partir de ese momento. Es probable que sea así porque la Belleza no es pasividad, y porque tampoco se crea o desaparece, sino que es siempre, en un permanente estado de vigilia que nos cuida incluso cuando la ignoramos. No espera nada a cambio, algo así hemos dicho ya refiriéndonos a uno de sus rostros...

La Belleza, como ha escrito el inmenso poeta Antonio Gamoneda, no es un lugar al que van a parar los cobardes. Por eso, la fruta nacida de cualquier acción humana que lucha contra lo inmisericorde, frena cualquier tipo de barbarie; también la del abandono y exclusión. Esa es la fuerza del Arte, su valor taumatúrgico y terapéutico. En eso radica su poder.

No hablamos de lo bonito, de lo técnico y dificultoso, de lo bien hecho, del canon que agrada. Lo hacemos de una actitud, de la conmoción que nos revuelve cuando una adolescente con parálisis cerebral, condenada a una silla de ruedas que le entristece los ojos, sonrío con dulzura explicando lo que ha significado para ella trabajar todo el curso con bailarines profesionales que llegaron a hacerle olvidar el impedimento de sus piernas. Hablo del momento en el que un elegantísimo bailarín la eleva hasta los abismos indescriptibles del paso de danza y el tutú de la bailarina vuela como un pájaro libre. Y el tiempo se detiene, deja de avanzar porque quiere que retengamos esta lección contenida en el poder del instante y en su belleza. Detenerlo para que no se nos olvide que es posible trasladar la vivencia

a cada segundo de nuestra vida, a cada fragmento de nuestra existencia. Saber que es posible acumular verdades suficientes como para que esto no parezca, tan solo, el espejismo de una sombra.

Porque la sombra se ha retirado en el “porté”, y los escépticos aun cuentan con una segunda oportunidad para saber que esto ha pasado y, por lo mismo, hay que trabajar para que pase siempre como actitud de vida: un adolescente atacado por un síndrome terrible que le impide controlar el movimiento de su cuerpo y puede perder el equilibrio, caerse, en cada paso, es ahora quien alumbra la escena con su presencia. Su pareja es una bailarina regalando la misma sublime elegancia de la generosidad que no es limosna ni conmiseración. El muchacho la toma de la cintura, ella se deja hacer entre esos brazos sin voluntad; y la serenidad y precisión de sus pies viajeros en las zapatillas de puntas derrumban lo que el contexto de la “normalidad” calificaría, acaso, de humillante destino.

Los aplausos, el llanto que se da como ofrenda, el público de pie en la sala... Las familias de estos niños y de estas niñas del “Joan Miró”... La dedicación admirable de sus profesores y de sus profesoras... Los estudiantes del Instituto Universitario de la Danza “Alicia Alonso”...

Muestras de esa ciudad donde no hay sitio para la tristeza de un niño porque se cuidaría de que fuera imposible concebirla. Donde la madurez no significa renunciar a los sueños. Hablo de la Belleza, sí: donde la cobardía no tiene cabida. Hablo de una arquitectura social pensada para los niños y las niñas, con la dimensión que decirlo tiene, la que no expulsa a la infancia, la que se compromete a recordar que lo hemos sido y en nosotros sigue estando incluso cuando la edad asegura que ya no somos niños. Y, por lo mismo, una ciudad que cuida que ese periodo mágico y misterioso de la vida lo sea pleno, feliz, profundo, fuerte.

Hablo de que esa “urban friendly” simbólica es un pacto posible, y que ese pacto exige un giro radical en prácticas políticas y sociales interesadas y obsoletas, que insisten en considerar a los niños como “proyecto” de adultos y no como etapa inexcusable cuyo éxito o fracaso preludia valor o inutilidad de una propuesta social.

Hablo de que toda actitud irreverente con la dignidad humana permite que sigan siendo millones los niños y las niñas explotados en el mundo. O que en los grandes acontecimientos de “diversión de masas” se cometa la ignominia de que parte de la “diversión” sea la prostitución de niños y de niñas con los que se comercia con la displicencia de los objetos de uso con caducidad. Hablo de que se acaban aceptando como inevitables comportamientos que estremecen la conciencia porque ocurren en esos ámbitos donde la conciencia no se valora. Y de que la noticia nos llega gritando en las páginas de deportes, de campeonatos mundiales y demás, intentando no perderse entre el juego: grita desde el juego, para que sepamos que está ahí donde no tendría jamás que estar.

Hablo de que la crisis mundial ha aumentado –leo en estudios especializados- el número de niños y niñas desaparecidos con fines de explotación y comercio de seres humanos; de que la pobreza es un campo proclive a los desmanes y a la vulneración de cualquier pacto legal de respeto.

Y que las buenas prácticas cívicas en esas ciudades simbólicas, en esos barrios simbólicos, parten de la infancia y sus tesoros, y son un cerco que limita tales conductas. Acontecimientos como el de esa jornada que he querido compartir con ustedes son una llamada de atención, una alerta para cuando nos angustien las dudas o las fuerzas flaqueen ante la inmensidad de lo que queda por hacer.

EPÍLOGO: CULTURA, PATRIMONIO, MEMORIA

También de tales tres términos se valía Jordi Ludevid en el artículo con el que dábamos comienzo nuestra intervención. Vamos a concluirla mirándonos en ellos.

María Montessori decía que la infancia es un enigma. Asocio tal verdad con la dedicatoria de Antoine de Saint-Exúpery en *El principito*, tan conocida aunque ignoremos, quizás, que la persona a quien el autor se la dirige vivió su condición de judío durante la II Guerra Mundial, como tantos millones de seres humanos, entre el mal, el miedo y la pobreza de todo tipo. Y que, por lo mismo, esa dedicatoria excede al propio León Werth, quien viviría más años que su amigo, y se refirió a él

diciendo que esa paz que llegó no podía serlo del todo porque faltaba “Tonio”, como cariñosamente lo llamaba. Recordemos la dedicatoria:

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una poderosa excusa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor puede comprenderlo todo, hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde padece hambre y frío. Tiene verdadera necesidad de consuelo. Si todas estas excusas no fueran suficientes, quiero entonces dedicar este libro al niño que en otro tiempo fue esta persona mayor. Todas las personas mayores han sido niños. (Pero pocas lo recuerdan). Corrijo, entonces, mi dedicatoria:

A LEÓN WERTH, cuando era niño.

Saint-Exúpery escribía y editaba *El principito* en los Estados Unidos, en el año 1943. Exiliado, cumplía la misión encomendada por su país, Francia, de convencer al gobierno americano para que detuviera el avance del nazismo.

Cultura y Memoria: Patrimonio.

Cultivar y Conservar el tiempo del que parte un presente, que crecerá, que tomará otros rumbos desde la firmeza o lo endeble que se permita al mismo. Patrimonio: como testimonio, nunca como carga.

La ciudad que crece, que se hace fuerte aceptando la vulnerabilidad de sus habitantes, es una ciudad creativa. Sabe que la vida humana es diversa en lo cuantitativo, quizás, pero también que ha de estar unida al convencimiento irrenunciable del valor de lo cualitativo. Y en ese destacar la cualidad estriba trabajar, unidos, para que quepan cuantas opciones culturales enriquezcan un patrimonio que siempre debe serlo “de la humanidad”.

La infancia es, sin duda, un enigma. Y los enigmas llevan al corazón de los tesoros, a la sabiduría que nos desvela verdades constructivas. La verdad siempre lo es, aunque reconocerla pueda atemorizar o dañar y eso nos lleve a evitarla tantas veces. Enlazamos esta última idea con un dato de especial importancia, que sintetiza y amplía, consideramos, lo dicho hasta este momento.

Hasta el mes de septiembre de este año puede visitarse en el Museo Centro de Arte Reina Sofía, de Madrid, la exposición “Playgrounds. Reinventar la plaza”.

Hay, en ella, un análisis interesantísimo en torno al concepto de juego tras la II Guerra Mundial con todo lo que ella trajo. A nuestros efectos, tal concepto se vincula, directamente, con el espacio concedido a los niños y niñas dentro de esa sociedad que ha de reinventarse, de reconstruirse desde los escombros, la ignominia y, por qué no decirlo, desde la más abyecta vergüenza.

Dos tipos de juego, al menos, en cuanto al espacio urbano se refiere: el competitivo (deporte, atlético, campeonato: el espacio sería el estadio), y el que es pura *paideia*. Antes de la Guerra la orientación social del juego era el primero; tras la Guerra, la tendencia vira hacia el niño destacando lo ineficiente, el juego libre y, al final, el reducto acotado para jugar. Y en este “acotar” se produce un fenómeno poco extendido hasta ese momento: el lugar de juego también lo es de memoria. Por eso, los arquitectos y urbanistas que “reinventan la plaza”, a partir de ese tiempo, en Europa quieren incorporar el elemento del resto de lo ocurrido, como si la propia ciudad, como si el propio espacio urbano, es decir, de convivencia, llevara inserta la exigencia del no-olvido. Parques de chatarra, donde los niños podían empezar a “crear desde cero” con los objetos en desuso, con las ruinas...

Los adultos habían perdido, decía Carl Theodor Sorensen en la Copenhague de 1943, la autoridad moral para prohibir la entrada a cualquier lugar “donde fuera posible jugar”. Solares donde los niños juegan un juego desde la inocencia, pisando sin saberlo el latido moribundo de lo que no es inocente. Sorensen lo llamará “parque de juego en descampado”; la arquitecta y paisajista Lady Allen of Hurtwood hablará de “parque infantil de aventuras”. Ambos coinciden en recuperar terrenos que señalan la mancha moral, zonas donde el conflicto bélico ha dejado su firma, y dárselos a los niños para que en ellos “jueguen” como conquista de autonomía.

La imagen es muy poderosa, en lo positivo y en lo negativo. De ella, se extraen tantas reflexiones que deberíamos, acaso, dedicarle un tiempo con el que ahora no contamos. No quería, sin embargo, dejar de traerla a este foro de debate y creación.

No quería porque, en nuestros días, los movimientos ciudadanos, la “toma de plazas” como símbolo de necesidades urgentes que son las mismas de siempre pero tienen, quizás, nuevas dimensiones, exige también pensar soluciones y

estrategias distintas. Aunar, nunca serán demasiadas las veces que lo repitamos, para convivir desde las diferencias: un reto sin resolver. Conocer lo otro como ejercicio político, cívico para que desde el conocimiento se pacten estrategias capaces de acabar con lacras que toman a los niños y a las niñas como rehenes de su permanencia.

La ciudad nacida desde lo que la infancia es y significa, partiría de ahí, parte de ahí cuando nos detenemos en sus logros. Y puesto que alcanzar un derecho concreto es siempre hacerlo para toda la humanidad, poner “la plaza” a disposición de ese mundo que la infancia representa sería estar construyendo, por fin, un espacio de justicia y dignidad.

Sé que ustedes y yo compartimos ese deseo, ese afán, y que en cada acción personal y profesional ponemos todo lo que somos capaces para lograrlo. Saber que no estamos solos: que “somos” porque los otros son... Saber que cada vez que un niño, que una niña es feliz porque pueden ser un niño y una niña, se le está ganando terreno a la mezquindad y al egoísmo.

Si la ciudad se teje de gestos cómplices que la hagan, en la práctica y con detalles específicos, con actitudes específicas, “ciudad educadora”, “ciudad de los niños y de las niñas”, entonces será “madriguera”, es decir, “Ética”.

Concluyo:

Este curso también se ponía en marcha, en el colegio “Joan Miró” del que comenzamos hablando, el proyecto “Radio Miró”. Escucho una entrevista en la que participan algunas de las personas de ese universo que, para sintetizar, vamos a llamar “Danzar por un sueño”. Oigo la voz emocionada de profesores, de estudiantes de la Universidad:

“Como bailarín profesional he tenido momentos muy felices en la escena, pero es una felicidad muy distinta a la que he sentido trabajando aquí. He recorrido la distancia que va de la extrañeza ante lo desconocido, al abrazo de cariño... Llegué para enseñar, para aportar, y me marché sabiendo que ya nunca voy a irme y que vosotros ya no os vais a ir de mí porque habéis sido mis maestros, los mejores, los que me han hecho conocer que la aparente diferencia entre vuestro mundo y el mío no es tal, porque los caminos que podrían parecer

divergentes son el mismo camino. Me lo habéis enseñado en la verdad incuestionable de esa sonrisa con la que hemos acabado comunicándonos, nuestro lenguaje cómplice... Esto habría que verlo para no tener que explicar nada...”

“Hace unos años, cuando estuve aquí como estudiante que realizaba su trabajo de fin de carrera, en ese año que adquirí el compromiso de daros las gracias por todo lo vivido y aprendido, ocurrió algo que me transformó la vida. Al acabar una de nuestras clases prácticas de educación física uno de los niños del colegio dijo ‘Hay un incendio’. Esa frase en cualquier centro educativo “normal” habría podido considerarse un despropósito sobre todo por la revolución que se organizó... La otra compañera que realizaba las prácticas y yo nos quedamos perplejos cuando todos los niños y niñas de la clase se convirtieron en bomberos, en médicos, en enfermeros, cuando nosotros dos nos vimos tumbados en una colchoneta y ayudados por aquellos niños... Es misterioso saber cómo el juego deja de serlo y se convierte en otra cosa, cómo brota del juego una verdad que te hace sentirte protegido, que te abraza en tu vulnerabilidad. Mi compañera y yo nos emocionamos porque estábamos viviendo una experiencia que era difícil de explicar. Quizás porque ambos hemos elegido la danza para expresarnos y la danza no tiene palabras. Y ahora son las palabras las que se necesitan para poder compartir lo que ha sido la experiencia de este año, la experiencia imparable de esta magia que surge y que es idéntica a la del Arte y su poder...”

“Yo hace 30 años que trabajo con personas a las que muchos se refieren como ‘personas con discapacidad’. Quiero decir que lo que yo aprendo cada día es a agradecer lo contrario: la capacidad inmensa que tenéis para emocionarme, para emocionarnos, la capacidad que tenéis de ayudar a las personas a ser mejores...”

Y entonces se cruza la voz de aquella maravillosa bailarina con parálisis cerebral, con unas piernas poco obedientes que dice:

“Gracias porque he volado...”

Mis queridas y queridos amigos de RIDEF:

Gracias porque dedicáis vuestra vida a que los seres humanos aprendan, sin miedo, a volar. Sois los arquitectos de esa ciudad de los niños y las niñas. Cada día, en el aula y fuera de ella, “tomáis la plaza” de la mano de vuestros alumnos y de vuestras alumnas. Ellos, seguramente, son los que se saben mejor el camino para llegar al centro desde donde brote ese mundo soñado, esa escuela soñada, ese tiempo soñado donde no haya lugar más que para la sonrisa de un niño, de una niña... Esa sonrisa que contagia, que inunda la tierra y la hace fértil. Gracias por invitarme a aprender de vosotros. Gracias por permitirme estar.

Todo el éxito. El talento y el corazón lo tenéis siempre encendido.

Verano, 2014